



3 / Guayaquil  
II semestre 2019  
ISSN 2631-2824

# Manifestaciones de fe en la poesía de Medardo Ángel Silva

34

## Faith Manifestations in the Poetry of Medardo Ángel Silva

Jairo Rosero Bravo

Unidad Educativa Fiscal “José Miguel Leoro Vásquez” San Antonio de Ibarra

### Resumen

La fe, en la poesía de Medardo Ángel Silva, es el reflejo de una vivencia y un afecto de un Yo poético doliente. Aunque su poesía no puede ser catalogada como religiosa, sí hay matices que la vinculan con Dios y con aspectos de la vida de Cristo. El Yo poético de Silva asume su fe de manera contradictoria: unas veces la rechaza y otras la desea fervorosamente. La presente investigación ha tomado la obra poética de Medardo Ángel Silva y la ha leído con criterios filosóficos, bíblicos y hermenéuticos, para así responder a la pregunta: ¿cómo se expresa la relación del Yo lírico con Dios?

**Palabras claves:** fe religiosa, dolor, amor, muerte, matiz, relación.

## Abstract

Faith, in Medardo Angel Silva's poetry, is the reflection of experience and affection of a lyric self-suffering "I". Although his poetry cannot be classified as religious, there are certain nuances that link it with God, and with aspects of the life of Christ. Silva's poetic "I" assumes his faith in a contradictory way: sometimes he rejects it and sometimes he fervently desires it. The present investigation has taken to the entire poetic work of Medardo Angel Silva, and has read it with philosophical, biblical, and hermeneutic criteria, in order to answer this one question: How is the relationship of the lyric-self with God expressed?

**Keywords:** religious faith, pain, love, death, nuance, relation.

Como Dios me ha dado don de melodía  
 en música pongo mi melancolía  
 que el llanto mejor  
 es ese que rueda con dulce rumor.

Medardo Ángel Silva

35

Arturo Borja (1892-1912), Ernesto Noboa y Caamaño (1889-1927), Humberto Fierro (1890-1929) y Medardo Ángel Silva (1898-1919) son escritores que el canon literario ecuatoriano ha fijado como los principales representantes del Modernismo en Ecuador. Ellos tienen características literarias similares, pero cada uno usó la palabra de manera propia, donde configuró un mundo poético en diálogo con un sentir de una época y con un yo interior. Este trabajo explora una similitud que tuvieron las voces modernistas:<sup>1</sup> su relación con Dios; concretamente, en la voz creada por Medardo Ángel Silva. Según Max Henríquez Ureña, fue «una tendencia que encontramos en la mayoría de los modernistas y que podemos llamar mística, si nos atenemos a la acepción originaria del vocablo: "lo que incluye misterio o razón oculta"»<sup>2</sup> Así, un cierto misticismo es rastreable

1 Me refiero únicamente a Ernesto Noboa y Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro y Medardo Ángel Silva.

2 Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo* (México: Fondo de

en la producción literaria modernista ecuatoriana, en especial en la poesía de Medardo Ángel Silva; lo que me ha motivado para desarrollar el presente acercamiento.

La fe<sup>3</sup> que el yo lírico de Silva manifiesta no es usada como un recurso literario; su relación con Dios es un sentimiento en el que se experimenta una vivencia; así lo corrobora Hernán Rodríguez Castelo en el prólogo redactado para el libro *El árbol del bien y del mal*: «Medardo Ángel Silva hizo de su poesía plegaria».<sup>4</sup> En efecto, en sus «poemas-plegarias»: “La noche”, “Estancias”, “El alba de Jesús”, “Oración de Nochebuena”, “Cuando se es uno tan joven”, entre otros, existe la presencia de un Dios cristiano que se convierte en el principal inspirador y receptor poético, debido a los muchos apóstrofes que el yo estudiado inserta en su producción lírica a través de símbolos e intertextos. Es decir, Dios, en la poesía de Medardo Ángel Silva, no es un elemento decorativo sino vivencial; esto proporciona a su poesía matices cercanos a lo religioso, pero no místico, ya que, «la mística aspira, por su parte, a un fin más alto: la íntima unión del alma con Dios, anticipando en lo posible la absoluta beatitud, que solo se alcanza plenamente en la otra vida»,<sup>5</sup> grado al que el yo estudiado no pretende llegar, sino simplemente se trata de una poesía que trasluce la fe de un ser humano con sus dudas, convicciones y dificultades.

36

Kierkegaard sostiene en muchos de sus escritos que la fe es un acto personal y libre, consecuentemente, la fe del yo lírico estudiado, en este sentido, tiene sus particularidades. No obstante, también la comparte con sus contemporáneos: «Lo religioso en Medardo Ángel Silva significa un capítulo importantísimo no solo en su poesía, sino en la poesía ecuatoriana del siglo»;<sup>6</sup> aunque, una de esas particularidades sea divinizar la misma poesía, a Verlaine, a Baudelaire o aluda a los dioses grecolatinos; esto responde a la naturaleza propia del movimiento modernista y no adquiere un matiz profano. Su fe en el Dios cristiano-católico y sus referencias bíblicas no están en pugna, sino que enriquecen y ennoblecen la poesía de Medardo Ángel Silva.

---

Cultura económica, 1962), 18.

3 Hay que señalar que la fe vivida por el yo poético medardiano corresponde a la fe católica cristiana, y los referentes religiosos que realiza, los hace en este contexto.

4 Hernán Rodríguez Castelo, “Prólogo”, en Medardo Ángel Silva, *El árbol del bien y del mal* (Guayaquil: Ariel, s.f.), 26.

5 José García López, *Historia de la literatura española* (Barcelona: Vicens Vives, 2001), 220.

6 Hernán Rodríguez Castelo, “Prólogo”, en Medardo Ángel Silva, *El árbol del bien y del mal*, 26.

Así, el poema “Aniversario”<sup>7</sup> es una larga reflexión sobre los veinte años transcurridos del yo. En él recuerda su infancia, su adolescencia, sus amigos, su escuela, las calles de su barrio, su novia, sus intereses en la niñez y, por supuesto, su relación con Dios:

¡Oh, los líricos tiempos de la gorra y la blusa  
y de la cabellera rebelde que rehúsa  
la armonía de los peinados maternos,  
cuando íbamos vestidos de ropa nueva a misa  
dominical, y pese a los serios rituales,  
al ver al monaguillo soltábamos la risa!<sup>8</sup>

Aquí se evidencia un yo que desde su infancia asiste a los rituales católicos, pero deja ver la actitud infantil, donde la «risa» rompe esa seriedad, no con un ánimo profano, sino vital. Y en la estrofa de versos alejandrinos del mismo poema se lee:

Iba a la escuela por el más largo camino  
tras dejar, soñoliento, la sábana del lino,  
y la cama bien tibia, cuyo recuerdo halaga  
sólo al pensarlo ahora; aquel San Luis Gonzaga  
de pupilas azules y riza cabellera  
que velaba los sueños desde la cabecera.<sup>9</sup>

37

El yo que recuerda «aquel San Luis Gonzaga»,<sup>10</sup> con sus veinte años cumplidos y con un mayor nivel de madurez, es capaz de valorar la alegría que le causaba tener la imagen del santo, pues su recuerdo no solo lo vuelve feliz, sino que le deja huellas profundas de tranquilidad y optimismo. «Se sabe que en la parroquia de la Soledad —hoy Iglesia de San Agustín—, vecina a su pequeña casa habitación, vivía un sacerdote, cuyo nombre por desgracia no ha podido ser obtenido, quien actuó por largo tiempo a manera de preceptor del joven poeta».<sup>11</sup> A través de este dato y el ofrecido por la

7 Medardo Ángel Silva, *El árbol del bien y del mal* (Guayaquil: Ariel, s.f.), 106.

8 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 107.

9 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 106.

10 Santo Jesuita español (1568-1591) fue considerado como el patrono de las juventudes.

11 Abel Romeo Castillo, *Medardo Ángel Silva. Vida poesía y muerte* (Banco Central del Ecuador: Quito, 1983), 73.

voz lírica se observa a un sujeto que desde la infancia se ha relacionado con Dios; ya joven reconoce la importancia de Él en su vida.

En las dos estrofas citadas se aprecian las vivencias infantiles del yo: felices, serenas, creyentes e inquietas; ya en su adultez, lastimosamente, le han dejado de reportar felicidad; por eso el poema termina con los versos: «¡Hoy no es la adolescente mirada y risa franca, / sino el cansado gesto de precoz amargura / y está el alma que fuera una paloma blanca / triste de tantos sueños y de tanta lectura!».<sup>12</sup>

La causa de la amargura que manifiesta tener el yo estudiado son múltiples —amor, tedio, inseguridad, tiempo—, y retratan a un yo angustiado que ni su fe es suficiente para disminuir su dolor. Sin embargo, lo intenta. En un fragmento del poema “Estancias” los versos:

Señor, no ha recorrido mi planta ni siquiera  
la mitad de la senda, de que habló el florentino,  
y estoy en plena sombra y voy a la manera  
*del niño que en un bosque no conoce el camino.*<sup>13</sup>

De profundis Clamavi. Pastor de corazones,  
da a mi alma el fuego que hizo de la hetaira una santa;  
renueva los milagros de las resurrecciones;  
espero, como Lázaro, que me digas: ¡Levántate!<sup>14</sup>

38 Emerge aquí la imagen de un niño perdido que asiduamente busca en Dios el consuelo a su aflicción. La imagen del niño extraviado es muy usual en la poesía de Medardo Ángel Silva, como fue para muchos de los románticos y modernistas, que hicieron de esta imagen tanto un tópico de la pureza como de la salvación de la humanidad, cuyos rezagos bíblicos están en las palabras de Cristo, donde proclama su gusto por su cercanía. En este autor, esta imagen intensifica el sentimiento de orfandad y extravío porque parece llorar: «Como el agudo llanto de una niña / se oye la voz lejana del río que tiritita...».<sup>15</sup>

En cambio, es paradójico que el yo de Silva en el poema “Se va con algo mío” exprese: «¿Qué son cosas de niño, me dices?...

12 Silva, *El árbol del bien y del mal* (Guayaquil: Ariel, s.f.), 108.

13 La cursiva es licencia del autor de este texto.

14 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 48.

15 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 67.

¡Quién me diera / tener una perenne inconciencia infantil,» o «¡Ah, ser pueril, ser puro, ser canoro, ser suave / trino, perfume o canto, crepúsculo o aurora / como la flor que aroma la vida... y no lo sabe, / como el astro que alumbra las noches... y lo ignora!». <sup>16</sup> Si en poemas anteriores ha expresado que la infancia es una franja etaria donde no aparece aún la angustia existencial que caracteriza al yo de Silva adolescente, en este se vislumbra un cierto miedo por la vida. Sentimiento que lo desorienta y que es comparado con un animal al acecho: «El miedo, como un lobo, pasea por la casa...». <sup>17</sup>

A su vez, en “El alba de Jesús”, ya no figura un yo lírico que deambula espiritualmente y sin meta alguna, sino un yo que interpela a Dios por su ayuda; esta vez para conocerse a sí mismo:

Señor, en mí me busco y no me encuentro...  
¿Dónde la claridad del nuevo día  
cuya luz inmortal fulgura dentro  
del corazón sin pena ni alegría?

Tú eres la paz, yo soy la contienda;  
tú eres la luz, la noche va conmigo...  
Mis ojos, ciegos por la negra venda,  
no distinguen amigo ni enemigo...

¡Pero una voz en mi interior te nombra  
y dulcemente hacia tu fin me lleva,  
porque tú estás en mí como una sombra  
la luz celeste de la aurora nueva!<sup>18</sup>

El yo poético abre el texto con un vocativo que refuerza una postura suplicante que luego adopta. El poema de versos endecasílabos es una exhortación en la que el yo pide fervientemente serenidad para sí, porque se encuentra atormentado sin razón alguna. En el primer cuarteto, el yo deja ver su angustia por intentar reconocerse y se lamenta, porque no encuentra una respuesta que lo satisfaga. En la segunda estrofa, a través de una etopeya, descubre su carácter pesimista: «yo soy la contienda», «la noche va conmigo»,

<sup>16</sup> Silva, *El árbol del bien y del mal*, 136.

<sup>17</sup> Silva, *El árbol del bien y del mal*, 50.

<sup>18</sup> Silva, *El árbol del bien y del mal*, 88.

«ojos ciegos, por la negra venda», dice. No obstante, en la tercera estrofa hay un resquicio de serenidad, puesto que se lee: «dulcemente hacia tu fin me lleva», experiencia religiosa que apacigua en algo a ese yo pesimista.

El poema, si bien es cierto, es una plegaria que demuestra la fe del hablante lírico, es también una oración macabra y oscura, tras una máscara de luminosidad, ya que el tono general del poema es lúgubre, el yo se explora y se enfrenta con Dios, caracterizado como «luz inmortal» o «Luz celeste», pero Dios no le concede la gracia de la alegría genuina; aun, más patético resulta el antepenúltimo verso donde se observa a un yo que tiene confianza en Dios, pero sigue probando la amargura de la vida. Quizá sea como dice Gabriela Mistral: «Dios quiere callar»<sup>19</sup> y este silencio agrava aún más la desesperación de la voz lírica.

De allí que en la poesía de Silva sea reiterativa la idea de una fe que no alcanza a eliminar el dolor que el yo posee. En Mateo 11: 28 se lee «Vengan a mí todos los que están fatigados y sobrecargados, y yo les daré descanso». Sin embargo, la invitación que hace Jesús en su Evangelio no es suficiente para que la voz lírica se decida a extirpar su tedio. Por el contrario, el yo estudiado construye un paralelismo entre su cansancio anímico y el espacio geográfico donde habita. Son usuales las alusiones de un jardín o parque –que empiezan– con descripciones de naturaleza viva y, paulatinamente, las plantas se marchitan hasta convertirse en un jardín sombrío y muerto, donde lo adjetival denota esta connotación; por ejemplo, en el poema “La Libertadora”, se lee: «Hay un jardín de negras rosas» o «Ya queda de mi primavera / sólo un olor a rosa seca...»,<sup>20</sup> y más explícito se encuentra en el texto «Divagaciones sentimentales»: «En este parque antiguo –que tanto se parece, / por su abandono y paz, al jardín de mi vida– / el pájaro que canta, la flor que se estremece, / nos hablan dulcemente de una edad extinguida».<sup>21</sup>

En este aspecto, el yo lírico muestra un paralelismo con el yo de Julio Flórez<sup>22</sup> en su conocido poema “Mis flores negras”: «Guarda, pues, este triste, débil manajo / que te ofrezco de aquellas flores sombrías; / Guárdalas; nada temas: es un despojo / del jardín de mis hondas melancolías».<sup>23</sup> Estos

19 Gabriela Mistral, *Desolación* (Santiago de Chile: Editorial Diego Portales, 2014), 120.

20 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 78.

21 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 62.

22 Julio Flórez (1867-1923) fue un poeta modernista colombiano; al igual que Medardo Ángel Silva, se suicidó.

23 Julio Flórez, *Antología poética* (Buenos Aires: Editorial: EDAF, 1998), 54.

versos proyectan unos yos cuya visión del mundo es lúgubre; en el caso de Silva, al igual que fenece su alma también afecta a su mundo, por eso en su poesía, lo tropológico pondera este marco y describe al sol que se oculta, los frutos agonizan, el jardín queda desierto, la ciudad está en escombros, las bailarinas mueren, los niños son dementes y ciegos. Es cuando manifiesta que su fe se debilita y se sumerge en la duda. Entonces leemos versos donde aparece la incertidumbre, el yo creyente de Silva se aleja de su convicción religiosa y se muestra fragmentado.

En lo verbal lírico nos retumba esta pregunta: ¿acaso la duda no ha invadido hasta a los hombres más creyentes? Fernando Albán en su ensayo “La fe: el sentido del devenir”, señala «Entonces, la pasión de la duda no es coincidente con la fe». <sup>24</sup> Por eso, ese yo lírico, luego de su incertidumbre, se vuelca a su fe para pugnar su acto anterior y reafirmar sus convicciones a través de repetidas oraciones. Sus poemas adquieren un ferviente tono suplicante, donde se advierte la idea de «un más allá» añorado al cual se enrumba inexorablemente. Por ejemplo: «Y como una hojita liviana / voy camino a mi verdad, / al que es hoy, ayer y mañana, / Nunca, Siempre y Eternidad». <sup>25</sup> En ese «más allá», el yo contempla su esperanza.

La oración más conmovedora y frecuente en la poesía de Medardo Ángel Silva está en una plegaria, donde el yo suplica a Dios la liberación del alma de su prisión corpórea para irse a refugiarse en el seno divino:

Mi corazón solloza en su prisión sombría  
y endulza, suspirando, la noche de su encierro;  
mi alma es un ave lírica de un parque de Harmonía  
cuyas almas, cautivas, golpean contra el hierro.  
Señor: ¿no saldrá mi alma de su prisión obscura?  
¿Nunca veré el celeste país que me ofreciste?...  
Ansío paz, la paz que tu Evangelio augura...  
¡Tan grande es mi cansancio de todo lo que existe!<sup>26</sup>

Si nos detenemos en este poema, notamos que la petición mortuoria del yo se manifiesta desde su adolescencia. Al respecto, Fernando

<sup>24</sup> Fernando Albán, “La fe: el sentido del devenir”, en *Revista electrónica Transhumante* 4 (s.f.), <https://trashumante.ec/tr04/la-fe-el-sentido-del-devenir>.

<sup>25</sup> Silva, *El árbol del bien y del mal*, 95.

<sup>26</sup> Silva, *El árbol del bien y del mal*, 92.



Balseca afirma: «sabemos que la poesía de Silva, desde sus primeras producciones líricas de cuando él tiene 16 años, nos ofrece ciertas marcas de un estado melancólico conjuntamente con frecuentes llamados a la muerte».<sup>27</sup> Tono que en la época modernista sería algo característico como herencia de la vena romántica que todavía se imbricaba en los jóvenes creadores; en especial en los ecuatorianos, lo que produjo que estas voces líricas experimentaran la muerte temprana en sus existencias reales.

Asimismo, si rastreamos estas herencias, también hay resonancias de las ideas medievales del cristianismo —inspiradas en Platón—, en las cuales se defendía que el cuerpo era la prisión del alma, es decir, este era el obstáculo para el encuentro definitivo con Dios. Escritores con este pensar se expresaron así; en la voz poética de Santa Teresa<sup>28</sup> leemos: «¡Ay, que larga es esta vida! / ¡Qué duros estos destierros, / esta cárcel estos hierros / en que el alma está metida! / Solo esperar la salida/ me causa dolor tan fiero, / *que muero porque no muero*».<sup>29</sup>

Aquí, el deseo de la muerte del cuerpo es ponderado, ya que liberará el alma; asimismo la voz de Silva optará por esta cosmovisión. Claro está que la magnitud de la fe de los versos de Santa Teresa no tiene parangón con la de Silva. Esta confesión y aversión a lo corporal demuestra unos rasgos propios del modernismo y que de forma «Paralela a esa evocación —el mundo helénico—<sup>30</sup> [re]corre [en] [...] diversas épocas de la vida del mundo».<sup>31</sup>

Esta idea se acentúa más con las ansias de la voz lírica por la «permanencia en el sepulcro», subrayadas por la preocupación por el devenir del tiempo en la muerte y un gusto por acentuar la cortedad de la vida: «Devana, ioh, Tiempo —buen hilandero— tu rueca; / yo tengo para todo bien o mal mi sonrisa / una sonrisa triste como una rosa seca».<sup>32</sup> Aquí, si nos detenemos en los dos oxímoros usados, donde la «sonrisa» es adjetivada como «triste» y a la par, la rosa, símbolo de la frescura y la vida en auge, cuya caracterización es eliminada por una cualidad contraria de muerte, nos devela el deseo por potenciar lo lúgubre de lo físico. La

42

27 Balseca, Fernando. *Subjetividad y adolescencia en la poesía de Medardo Ángel Silva* [Informe de investigación, edición PDF]. (Universidad Andina Simón Bolívar: Quito, 2003), 13.

28 Santa Teresa (1515-1582) fue una escritora mística española.

29 Santa Teresa, *Obras completas* (Burgos: Monte Carmelo, 2006), 1358.

30 La aclaratoria es mi responsabilidad.

31 Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, 19.

32 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 118.

consecuencia de esta paradoja es la sensación de un sujeto agotado, tanto corporalmente como anímicamente: así como se lee en su producción literaria y en el estado de arte que ha despertado.

En otro poema, el yo lírico hace suyas las palabras de Job «*Putridimi dixi; Pater mea est; meter mea et soror mea, vermibus*». <sup>33</sup> La cita bíblica corresponde al libro de Job <sup>34</sup> 17, 14 y puede traducirse como: «llamo al sepulcro “padre mío”, / a los gusanos “madre y hermanos”». Así se expresa la cercanía de este yo con la muerte, donde el sentirse en el sepulcro es sublimado pues se transforma en la morada paterna, y al considerar a los gusanos su parentela más inmediata, se trasluce en una suma aceptación. Lastimosamente, el yo lírico estudiado no toma lo mejor de la vivencia del personaje bíblico: su paciencia y completa confianza en Dios. Se queda con la amargura inicial de Job, anterior al descubrimiento de que la tragedia puede ser considerada como una oportunidad para crecer emocionalmente y en la fe.

Igualmente, la crítica literaria concuerda en que el poema “La investidura” <sup>35</sup> es un manifiesto lírico de Medardo Ángel Silva. En este texto, el yo estudiado se inviste con la cruz y la corona de espinas y hace de su cuerpo semejante al del Nazareno, puesto que toma estos dos instrumentos de dolor y sacrificio, para convertirlos en metonimias de su propio padecimiento: «—los ojos incendios por la sagrada fiebre, / la frente coronada de espinas como Cristo, / las manos temblorosas de menudo orfebre—». <sup>36</sup> Así se retrata el sujeto poético, pero lo hace para un ojo masificado que dará fe de ese padecimiento extrahumano, ya que ha traspasado los límites de su cuerpo y su mente. Esto lo revela en la siguiente línea versal: «La absorta muchedumbre desde entonces me ha visto,». Además, de ser testigos de ese sufrimiento, también lo ha visto componer versos acibarados de melancolía.

Con este mismo sentido, en otro poema, el yo de Silva se aproxima a Dios con la intención de subsanar su sufrimiento. Al respecto, Carlos Aulestia afirma: «Hay, en cambio, un desconuelo, un vacío que el sujeto poético busca llenar acudiendo a Dios, que tiene el poder de “concederle”

33 Se cita así, pues Medardo Ángel Silva lo hace de este modo en su poema “Estancias”, 99.

34 El libro de Job es un poema didáctico en forma dramática, que se propone dar una solución al problema del dolor y de su fatal poder incluso sobre el justo. Tomado de la Enciclopedia del Católico (Giustino Boson 1951, 56).

35 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 33.

36 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 37.

la muerte».<sup>37</sup> Porque su objetivo primordial es pedir la supresión de su vida para eliminar su hastío; una vida comparable con el inmenso padecimiento de Jesús en la Cruz. Por eso, en estos versos, recurre otra vez a los instrumentos sacrificiales de Cristo y hace suya la flagelación y la crucifixión:

Yo también, como tú, por piedades divinas,  
tengo mi cruz y tengo mi corona de espinas,  
una sed infinita que mitigar no puedo.  
Y como tú, sollozo, Jesús crucificado:  
Padre mío: ¿por qué me habéis abandonado?  
Sufro tanto..., estoy solo, Señor...  
Y tengo miedo.<sup>38</sup>

Es conmovedor encontrar a un Silva que expresa con tanta desesperación y naturalidad —en los versos finales— su impotencia de abandono y terror. El verso “Padre mío: ¿por qué me habéis abandonado?” es *hipertextual* al bíblico y reescribe —con una acentuada fuerza *ilocutiva*— las palabras de Jesús en el epílogo de su crucifixión, cuando exclama e interroga con una humanidad suplicante: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?».<sup>39</sup> Esta frase tanto en uno como en otro —la voz poética— hiperboliza la orfandad tanto física como espiritual; estado que el lector siente empáticamente, pues, además, en el uso de la voz poética de Silva, a esta la refocila cuando dice: «Por inasible adoro la gala de los cielos... / ¡Señor, jamás permitas que goce de los anhelos, / que nunca satisfaga la sed que me devora!...».<sup>40</sup> Execración que pondera en el lector un cierto deseo acentuado de la voz poética por el martirio al solicitar a Dios la privación de sus anhelos y satisfacciones.

Estilísticamente, los puntos suspensivos con los que se cierra la estrofa denotan la incertidumbre y vaguedad del yo al manifestar «la sed que lo devora», pues parece que ni el propio sujeto poético sabe la causa de las preocupaciones que lo atribulan. No obstante, la crítica más biográfica piensa que Medardo Ángel Silva tenía muchos complejos que lo afligían: su pobreza, su condición étnica, la pérdida del padre en su niñez, la

37 Aulestia, Carlos. *Tres poetas suicidas del Ecuador: Medardo Ángel Silva, César Dávila Andrade y David Ledesma*. La muerte como progresión y como poética. [Tesis doctoral, edición en PDF]. (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2018), 88.

38 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 105.

39 Marcos 27, 46-47.

40 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 98.

inseguridad en su aspecto físico y la ausencia o indiferencia del amor pasional, a los cuales se sumaron sus avatares existenciales.

Cuando expresa su pérdida de fe y sus alejamientos de Dios, recurre a un motivo estético muy empleado por los románticos y, luego, por los modernistas: la mujer amada, una construcción por el cual el yo lírico padece, pero a la vez desea. En el poema “La fuente triste” —entre tantos—, el yo de Silva expresa amargamente que la mujer amada no corresponde a sus afectos. Advierte también, que al igual que el mundo, la mujer jugó con él, por tanto, ella fue causa para que incidiera en su fe. Esta culpabilidad estética de esa *amada inexistente* devela las ideas provenientes de las lecturas de la época, que cimentaron una tropología de focalización androcéntrica recurrente en los escritos de estos autores:

El mundo jugó con mis sueños,  
la mujer con mi corazón  
y la llama de mi fe, pura,  
sopló Satán y la apagó.

Y, pues, Mundo, Demonio y Carne  
en mi alma vertieron su hiel,  
cuando venga por mí la Muerte  
poca cosa tendrá que hacer.<sup>41</sup>

45

Aquí, el yo lírico se lamenta porque su fe a la que él adjetiva como «pura» se ha extinguido. Y si es así, simplemente es un muerto vivo, objeto de vituperio de los golpes que da el mundo —para Medardo Ángel Silva su mundo fue la pequeña ciudad de Guayaquil de finales del siglo XIX—; por eso, solamente le resta esperar la muerte.

Es habitual que el yo estudiado emparéntele, contemple o paragone a la mujer amada con la Virgen María como hicieron muchos escritores de esta época, rasgos de una tradición devenida de la Ilustración. Por ejemplo: «Otoño triste de tus ojos dulces. / Crepúsculo de seda y pedrería / que cierra el soplo de tus labios dulces, / tu sacra hermana la virgen María».<sup>42</sup> Abel Romeo Castillo, en su libro: *Medardo Ángel Silva, vida, poesía y muerte*, sostiene: «Es indudable que el poeta idealiza, a veces demasiado, a la mujer,

41 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 101.

42 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 59.

talv́ez (*sic*) por su complejo físico, cree que ella es un ser extra humano, divino, como un habitante de otro planeta».43 Así explica la propensión del yo de Silva por la sublimación de la mujer amada; lo que nos devela que el crítico no relacionó este recurso con la herencia estética actualizada en cada época desde la tradición provenzal, donde el amor cortés había creado este t́opico con la misma simbolización empleada por este poeta guayaquileño, como lo evidenciamos en el poema “Votos”, en el cual se la ubica en el mismo nivel de una deidad, consecuentemente, la creación le rinde pleitesía y el yo le ofrece salmos y letanías.

Aunque, esta misma idealización está para la madre de Dios, no era la única empleada para la imagen femenina. Hubo otra cara de la mujer en Silva, al igual que en el resto de los modernistas, la asignación contraria, más próxima al lado profano: «*Frívolos* labios de mujeres / nos brindan su *hechizo* fatal»,44 donde la encarna como una: «sembradora impasible de mi angustia y mi pena, / por quien mi alma es un Cristo coronado de espinas».45 Aquí se colige una de las causas por las que el yo estudiado se siente crucificado: la indiferencia de la mujer amada.

Esta misma representación se da en el poema “Citeres”, donde el yo traslada al lector a una isla y cuenta su experiencia en ella. Mediante referencias helénicas erotiza la atmósfera; pues Citeres es una isla mediterránea donde, de acuerdo con la mitología griega, arribó Afrodita al emerger de una concha entre la espuma del mar. Los versos de “La canción del tedio” nos llevan a ese escenario: «Infeliz del que oyó en Citeres / la voz del Pecado Mortal».46 Este mismo tema está en estos versos «Y sonó entonces el erótico / llanto de las oceánides, en las rubias arenas; / soplaban caracoles rosados las sirenas; / se cerraron los párpados bajo el influjo hipnótico... / y el triunfo fue de las sirenas...».47 Entonces el lector deduce que la voz del pecado mortal o el llanto erótico son metáforas que aluden a los encantos de la mujer amada, eternizados como tropos para hablar de ella y ponderar la victimización de la voz poética. Pero, no solamente la caracteriza como una Sirena, sino también mira en ella a Afrodita, Astarté, Atalanta, a la Esfinge y a Andrómeda, todas figuras de la tradición griega, motivo muy empleado por los modernistas, desde su iniciador. Así, lo asevera Pedro Salinas en su

46

---

43 Castillo, Abel, *Medardo Ángel Silva: su poesía y su muerte*, 173.

44 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 89.

45 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 74.

46 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 89.

47 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 57.

estudio sobre Darío: «Rubén se vuelve hacia lo helénico porque allí descubre un clima erótico».<sup>48</sup> Y para Medardo Ángel Silva también es valedera la afirmación, ya que devela su legado literario y, a su vez, su pertenencia a este movimiento estético.

Asimismo, si se me permite detenerme en algo, Medardo Ángel Silva, con el título de su libro *El árbol del bien y del mal*, recuerda a la cita bíblica del Génesis 3: 2-7, en la cual se menciona la existencia de un árbol cuyos frutos dan la capacidad de discernir el bien y el mal, en quien los consumiera. Por ello, el yo lírico estudiado en uno de sus poemas —entre otros— escribe: «¡Que lejos aquel tímido y dulce adolescente / de este vicioso pálido triste de haber pecado!... / ¡Tomó del árbol malo la flor concupiscente / y el corazón se ha envenenado!».<sup>49</sup> De esta cita se deduce que «árbol» es una metonimia de «vida» y, precisamente, ese yo, en su poesía, no siente la vida con bondad, sino como un mal al que hay que finiquitar.

Por tanto, las alusiones bíblicas son numerosas y están en calidad de metonimias, metáforas o símiles. Se las emplea para expresar diferentes tonalidades del estado emocional y vivencial del yo lírico. Por ejemplo, para expresar su anhelo por obtener una fe auténtica y fortalecida, exhorta: «*De profundis Clamavi*. Pastor de corazones, / da a mi alma el fuego que hizo de la hetaira una santa; / renueva los milagros de las resurrecciones; / espero, cómo Lázaro, que digas: ¡Levántate!».<sup>50</sup> El fuego del que habla el yo es la fe que hizo de María Magdalena —en el contexto bíblico— alejarse de la prostitución y no pecar más. También se menciona el milagro de la resurrección de Lázaro, con el fin de expresar la espera expectante del yo, para que lo libere del dolor donde está sumergido.

Todo esto me ha permitido validar que Medardo era un lector de la Biblia y un practicante fervoroso. La cercanía con su parroquia de la Soledad, sus recuerdos poetizados sobre sus travesuras en la misa dominical, etc., dejan entrever esta personalidad religiosa que se trasluce en su simbología, en alusiones a la vida de los santos y referencias bíblicas. En cuanto a sus lecturas cristianas, Abel Romeo Castillo sugiere que «El Kempis<sup>51</sup> parece que fue uno de sus más preciados hallazgos y el que le inculcó resignación

48 Salinas, Pedro, *La poesía de Rubén Darío*. (Barcelona: Península, 2005), 68.

49 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 51.

50 Silva, *El árbol del bien y del mal*, 48.

51 Tomás de Kempis (1380-1471) fue un escritor religioso alemán.

y piedad cristianas». <sup>52</sup> En el poema “Al Angelus” se cuenta la historia de una sor o monja que acude al rezo del rosario al toque de las campanas de la abadía. El personaje poemático porta un «viejo Kempis», sinécdoque que revela –al igual que en Silva– su interés por el escritor religioso: «En sus manos de nácar oprimía / el viejo Kempis o el Devocionario... / La luz de un aceitoso lampadario / delató su presencia en la crujía...». <sup>53</sup>

Finalmente, puedo agregar que, si bien la poesía de Medardo Ángel Silva no corresponde a una literatura mística –aspecto que desde un principio dejé señalado–, este poetizar sí tiene matices religiosos que advierten a un yo lírico que asume una fe; esta en unos momentos es rechazada, porque se materializa la imagen de un Dios que no escucha sus plegarias ni alivia su dolor; en otras ocasiones, deseada, porque en efímeros instantes se siente confortado y tiene la esperanza de encontrar un «más allá» que lo liberará de su angustia. Esta es la atroz vacilación presente en la relación de Dios con el yo medardiano.

## Bibliografía

- Albán, Fernando. “La fe: el sentido del devenir” (2019). En *Revista electrónica Trashumante* 4 (s.f). Acceso 23/06/2019. <https://trashumante.ec/tr04/la-fe-el-sentido-del-devenir/>.
- Aulestia, Carlos. *Tres poetas suicidas del Ecuador: Medardo Ángel Silva, César Dávila Andrade y David Ledesma. La muerte como progresión y como poética*. [Tesis doctoral]. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar. 2018. Edición en PDF: Acceso el 20 de junio de 2019. <http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/6427/1/TD112-DLLA-Aulestia-Tres.pdf>
- Balseca, Fernando. *Subjetividad y adolescencia en la poesía de Medardo Ángel Silva*

---

<sup>52</sup> Castillo, *Medardo Ángel Silva: su poesía y su muerte*, 72.

<sup>53</sup> Silva, *El árbol del bien y del mal*, 139.

- [Informe de investigación]. Universidad Andina Simón Bolívar: Quito, 2003. Edición en PDF. Acceso el 19 de junio de 2019. <http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/5051/1/PI-2003-1-Balseca-Subjetividad.pdf>
- Boson, Justino. *Enciclopedia de Católico*. Barcelona: Seix Barral, 1951.
- Castillo, Abel Romeo. *Medardo Ángel Silva: su poesía y su muerte*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador, 1983.
- Flórez Julio, *Antología poética*. Buenos Aires: Edaf, 1998.
- García López, José. *Historia de la Literatura española*. Barcelona: Vicens Vives, 2001.
- Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. México: Fondo de Cultura económica, 1962.
- Mistral, Gabriela. *Desolación*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2014.
- Rodríguez Castelo, Hernán. "Prólogo". En Medardo Ángel Silva. *El árbol del bien y del mal*. Guayaquil: Ariel, s.f.
- Santa Teresa. *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo, 2006.
- Silva, Medardo Ángel. *El árbol del bien y del mal*. Guayaquil: Ariel, s.f.

**Jairo Rosero Bravo** (Pimampiro, 1985). Licenciado en Ciencias de la Educación, mención Lenguaje y Literatura por la Universidad Central de Ecuador, Quito. Magíster en Literatura Hispanoamericana y Ecuatoriana por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.